

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sabados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PUBLICO

SUSCRICION

Por un año \$ 10.00
Por seis meses " 5.50
Por un mes " 1.00
Número suelto " 0.10
Número atrasado " 0.20

DIRECCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR---SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

Adolfo Vazquez-Gómez
Representante de "El Clamor Público"
EN BUENOS AIRES
PERÚ 889 (ALTOS)

EL CLAMOR PUBLICO CRÓNICA PARISIÉN

PAISAJES PARISIENSES.—PARIS Y SUS ESTRELLAS.—JULIO VERNE NO VIAJA NUNCA.—UN LIBRO PÓSTUMO DE DAUDET.—MODAS Y LUJOS

Muy lejos están de parecerse las manitas de ahora en París a las plácidas manitas de primavera en que los rayos solares se rompen en mil haces de luz multicolor en las aguas de las fuentes que adornan la plaza de la Concordia.

Ahora, en el invierno, cuando París no se despierta envuelto en nieblas húmedas y frías, la escarcha y la *givre* cubren las aceras, los árboles, los tejados, etc. con una resbaladiza capa azul si los hubieran barnizados con cristal.

Cuando el tibio sol empieza a deshelar la *givre*, los árboles de la Avenida parecen despeinados cabelleros espolvoreados con mica, en cuyos cristallitos, chispea la luz de los reflejos.

Ayer, por ejemplo, la gran Avenida de los Campos Eliseos presentaba un golpe de vista encantador: los árboles, cubiertos de diminutas estalactitas de hielo, estaban blancos; la tierra también blanca, las cimas de los edificios y los puentes del Sena, cual si los engalanaran las gasas nupciales y, este París hiperboreal, evocaba de un modo inesperado ciertos paisajes de real de las orillas del mar Muerto...

Jamás he podido explicarme por qué París, tan grande, se preocupa tanto en sus virgenes de alquiler, tan pequeñas; de las estrellas diminutísimas que aquí todo lo abarcan.

En Madrid ó en otra capital de Europa, se las da la importancia que tienen y se las regala a su papá verdadero.

Cleo de Merode, la favorita de Lamol, Rey de los belgas, acaba de regresar de una excursión por América.

Todos sabemos que la famosa Cleo es una bailarina de Opera, es decir una *danzante* de primer rango; nadie ignora que su cuerpo se vio expuesto en estatua en el Salon de 1896 siendo muy admirada la obra del escultor Falguière; para nadie es un secreto que la linda Cleo ha inventado la moda de cubrirse las orejas con los cabellos; pero lo que todos no saben es que Cleo tiene dos orejas como dos soplícos que descomponen el armónico conjunto y la pureza de sus formas.

Puede decirse, la Cleo se ha presentado de nuevo en la Gran Opera de París con el baile *L'Étoile* (la estrella) ante un selecto público de arcos, empujados, sugestivos, por las piruetas de la bailarina.

En el *foyer* de la danza, todos los habituados mendigan una sonrisa ó una palabra ceremoniosa de Cleo, todos están allí, excepto el helga real.

Cada cual expresa su opinión: —Cada vez más hermosa, más real moza, dice uno.

—Bonita idea la de presentarnos la estrella en el baile de ídem, dice otro.

—Y la de reaparecer precisamente en una época que nos recuerda otra estrella, la que guió a los reyes.

En fin, un verdadero *bouquet* de madrigales.

Aquí vienen de moda los consabidos versos de Lope acerca del vago.

Julio Verne, cuyo nombre se hace una actualidad al aproximarse el Año nuevo, no ha viajado jamás.

El historiador de tantos viajes y de tantas aventuras extraordinarias es un sepuenariario que nada tiene de nómada y que vive muy tranquilo desde hace cuarenta años en su pequeña Villa de Amiens.

Tiene horror a los viajes, si se trata de hacerlos él; solo le gusta vivir entre sus libros y, los países tan maravillosamente descritos por él solo los ha explorado con su imaginación.

Por el contrario, hubo en Francia y a principios de siglo, un escritor que formaba *pendat* con Julio Verne.

Recorrió las más lejanas regiones, guerrió bajo todas las latitudes, conocía el mundo como yo conozco mi bolsillo, se llamaba Xavier de Maistre y sólo escribió un libro de cien páginas acerca de viajes: *Viaje alrededor de mi cuarto*.

Para ese viaje...

Alfonso Dauget dejó una obra postuma.

Todos los autores tienen alguna *postema*, como decía en Toledo un repartidor de diarios, periodista por contagio, según él.

El libro último de Dauget se titula *Ma douleur*; sus páginas, reflejo de un alma como la suya, acibillada por las penas, retrato de su cuerpo lacerado por la neurosis.

En él describe la intimidad de su vida, estableciendo el balance de las miserias humanas por las cuales él mismo ha pasado, allí las enumera día por día con una crueldad que altera.

Alí se habla del insomnio inexpugnable, de las alucinaciones ópticas, de la loca persecución de la vida y de la desesperación de un hombre que habiéndose visto fuerte y ávido de vida psíquica, se siente minar por la enfermedad que le convierte en un esclavo de los nervios siempre en tensión.

En suma, un verdadero libro de diasección, vivido por un enfermo y escrito por un poeta.

Porque el poeta no abdica en él, ninguno de sus derechos y ha sembrado en su libro gilos de soberbia hermosa, imágenes aterradoras por lo gráficas, tal como la descripción del hombre parafítico comparado por Dauget a los personajes de la mitología griega que, convertidos en árbol ó en estatua, asistían espantados al fenómeno que, progresivamente agobiaba los manantiales de su vida, el

vando poco a poco sus pies en el suelo, suspendiendo los movimientos del corazón y no dejándose más que el cerebro para sufrir y la boca para quejarse.

Aí ha sido Daudet durante los cuatro últimos lustros de su existencia.

Apenas si el poeta no hubiese hablado nunca de este libro; pero es de suponer que habrá encomendado a su hijo la pincho misión de publicarlo.

Mi revista decenil de modas la voy a dedicar hoy a las damas que, por desgracia, tienen que cubrir sus gracias con los negros crepones de un luto de familia.

Voy a describir los trajes y duración de los lutos en Francia, muy parecidos a los de España.

El luto de viuda es el más largo de todos; dura dos años. El primer año se lleva falda de lino, negro mate, un velo que cubre la cara, medias negras, guantes de hilo y ninguna joya. No se riza los cabellos, no se hacen visitas ni se reciben, excepto las de los parientes é íntimos; pero sin solemnidad.

Durante el segundo año pueden usarse la gasa y la mate lisa de seda y reemplazarse el chal por una chaqueta. El velo se levanta detrás del sombrero. Las hijas serán negras y los guantes de seda ó de cabritilla mate.

El alivio de luto se lleva durante un año. Colores: gris, blanco y malva.

Algunas señoras usan brillantes en las orejas durante el segundo año; pero no lo general.

El luto de padre ó madre dura diez y ocho meses. Las reglas son las mismas que para las viudas y sus períodos son: un año riguroso y otro de alivio.

Por los abuelos se lleva luto un año: seis meses riguroso, sin chal y seis meses de alivio.

El luto de un hermano dura diez meses; pero suele durar más, pues se prolonga el período de media luto.

Los tíos y los primos sólo dan lugar a un luto de tres ó seis meses.

Por los padres políticos se vestirá de luto lo mismo que por los padres.

Antiguamente los padres y los abuelos no llevaban luto por sus hijos é nietos.

Las costumbres han cambiado, el corazón materno y no la madre ni padre que no se cubran de duelo al llorar la pérdida de sus queridos hijos.

Para este luto no se pueden dictar reglas, el corazón tiene más fuerza que las leyes humanas y hay muchas madres que visten eternamente el negro crepon por un hijo, sobre todo cuando Dios nos arrebató tan prematuramente nuestros angelitos que apenas si nos dá tiempo para conocerlos.

ANTONIO AMBROSIO.

París, 10 de Enero de 1898.

CUENTO

Cárlos y Clara vivían honradamente y se amaban con toda el alma.

Tenía treinta y cinco años y ella treinta; residían en París y no tenían hijos.

Clara estaba empleada en el Banco de Francia y Cárlos ejercía un cargo en el Banco Hipotecario.

Sus sueldos reunidos ascendían a cuatrocientos francos mensuales y les permitían vivir con relativa holgura, y salir al campo los domingos a contemplar las bellezas de la naturaleza.

Un día dijo el marido.

—Qué hermoso es contemplar las montañas!

Y la mujer le contestó:

—No te gustaría que fuésemos a ver los Pirineos? De allí procede tu familia y hasta creo que tienes una tía en Pau.

Con efecto: Cárlos se acordó de su tía Aleta Bayries, a la que escribió para anunciarle que irían a pasar ocho días en Pau, durante las próximas vacaciones.

Para realizar en buenas condiciones el viaje, se privaron por algún tiempo de varias cosas, y a primeros de Agosto partieron un sábado para Pau a donde llegaron al cabo de veinticuatro horas.

Buscaban a la tía y no les fué difícil encontrarla.

La pobre mujer, que vendía ante la verja del castillo, cajas de bombones y retratos de Enrique IV, indicó a sus sobrinos un buen hotel, en el que se albergaron inmediatamente.

Llovía a cántaros y las montañas no surgían por parte alguna.

Al día siguiente el cielo estaba nubado y las montañas se empeñaban en no presentarse.

—¡Bibi!—exclamó Cárlos—vamos a dar un paseo y acabaremos por encontrar alguna.

Por desdicha, en lugar de dirigirse hacia el mediodía, donde están los Pirineos, se encaminaron hacia el norte.

Anduvieron por espacio de dos horas, y al fin desapareció la niebla y brilló el sol con todos sus esplendores.

De pronto vieron a la izquierda dos colinas, sobre una de las cuales había un molino.

—¿Son esas los Pirineos?—preguntó Clara—no me parece gran cosa.

—Lo mismo creo.

La pareja prosiguió la marcha, y a los diez minutos se encontraron al pie del molino. En el cielo no se veía ni una sola nube.

Clara se volvió de repente, dió un grito y exclamó:

—¡Mirá, Cárlos, mirá!...

Cárlos volvió también el rostro y se quedó estupefacto.

Divisábase a lo lejos los verdaderos Pirineos, y desde aquella colina el espectáculo era sorprendente.

Clara y Cárlos batiósearon al mismo tiempo.

—¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! ¡Esto es admirable!

Permanecieron allí tres horas y volvieron diariamente al mismo sitio. ¡Cuanto les había gustado ver de cerca aquellos lejanos montes! Pero no tenían dinero bastante para el viaje, y resolvieron aplazar su excursión para el año siguiente.

Cárlos y Clara estaban verdaderamente encantados y deploraban no poder vivir en aquel Eldorado de los alrededores de París.

El último día de vacaciones, al despedirse de las montañas, vió Cárlos a un mozo que salía del molino de viento.

En aquel instante surgió en su mente una idea extravagante.

—Buenos días—dijo al molinero.

—Buenos días.

—¿Dónde es ese molino?

—Mío.

—¿Tiene tierras alrededor?

—Ocho hectáreas.

—¿Qué más usted vendría?

—Según y conforme.

—¿Cuánto pide usted por él?

—Quince mil francos.

—¿Y me lo daría usted por diez mil?

—No, señor. Lo último son doce mil francos.

Y al buenrón entró en su molino para demostrar que no estaba dispuesto a hacer ningún género de concesiones.

Pero al ver que los forasteros se retiraban les salió al encuentro y les dijo:

—¡Si quieren ustedes darme las señas de su casa...! A veces necesito un dinero, y entonces... pasaría por los diez mil francos.

Cárlos le dió las señas de su domicilio en París y prosiguió su camino, en unión de su esposa.

Cuando los dos estuvieron a alguna distancia del molinero, dijo Clara:

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—¿Tratas de comprar el molino?

—Sí.

—¿Y el dinero?

—Lo tendremos. Ya verán. De hoy en adelante vamos a trabajar sin descanso noche y día, hasta que poseamos la cantidad necesaria. Dentro de cuatro años será nuestro el molino. Cuando obtengamos nuestra jubilación vendremos a residir aquí y nos haremos molineros. ¡Qué felices vamos a ser!

Cárlos y Clara regresaron a París y, con objeto de realizar sus propósitos, hicieron todo género de economías y se dedicaron a trabajos suplementarios, desahogando acrecentar el capital común.

Clara se dedicó a escribir fajas para un periódico y Cárlos se consagró a llevar los libros de un modesto comerciante. De este modo ahorraron doscientos francos mensuales y al cabo del primer año, dijo el esposo a su mujer, enseñándole un fajo de billetes de banco:

—Aquí tienes ya la primera parte del molino.

Al año siguiente, la pareja poseía la segunda parte.

Pero cuando fue dueña de la tercera, cayó enferma Clara y el médico le prohibió que volviera al Banco.

Cárlos supo por el doctor que su esposa estaba lista.

—¡Miserable!—dijo para sí el marido—¡Lo he hecho trabajar demasiado, lo he ahorrando mal Dios, me ha castigado.

—No temas—dijo a su mujer—no tendremos molino, pero viviremos.

Y resolvió enviarla a Pau, a fin de que pudiese allí el invierno, instalada en un buen hotel, donde pudiera restaurar sus debilitadas fuerzas.

Clara se negó a ello en un principio; pero al fin tuvo que ceder a las reiteradas instancias de su marido.

El mismo Cárlos la acompañó a Pau y buscó allí un buen médico y una buena habitación con vista a los Pirineos.

El esposo regresó a París, pasó el invierno y Clara seguía en sus curas que estaba mucho mejor.

Cárlos le enviaba cada mes trescientos francos para sus gastos y la enterma le reñía en sus cartas por tanta prodigalidad.

100